

## Por una comprensión ampliada de la particularidad y de la generalidad de la ciencia social

Humberto Alejandro Rosales Valbuena

Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad El Bosque.  
Administrador de empresas, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia;  
Especialista en Control, Universidad Militar Nueva Granada;  
Especialista y Magíster en Docencia e Investigación Universitaria en  
Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad Sergio Arboleda;  
Doctorando en Estudios Sociales, Universidad Externado de Colombia;  
y estudiante del programa de filosofía de la Universidad El Bosque.  
rosaleshumberto@unbosque.edu.co

Este editorial extiende la invitación que muchos autores en el mundo realizan para comprender la ciencia social más allá de las prácticas reduccionistas de las disciplinas. Las ideas que aquí se exponen se basan en el trabajo adelantado por la Comisión Gulbekian para la reestructuración de las ciencias sociales, dirigida por el profesor Immanuel Wallerstein y presentado en el informe intitulado “Abrir las Ciencias Sociales”; además, en las propuestas de varios profesores latinoamericanos, en su gran mayoría de la corriente de los estudios sociales y culturales.

Las dinámicas capitalistas, que en palabras de Wallerstein se convirtieron en la esencia del “sistema-mundo”(2006), o que Aníbal Quijano (2000) y Edgardo Lander (2003) reconocen como “el patrón global de poder”, o que Walter Mignolo (2005) llama “la matriz colonial del poder”, apuntan a la consolidación de proyectos disciplinares e independientes entre sí, que configuran no solo el inicio del desacierto de una plataforma de pensamiento fragmentado, sino también, y de fondo, un proyecto mercantil basado en la hiperespecialización. Este, desde luego, daría sus frutos en un tiempo prudente (determinado con claridad en las agendas de las prácticas de expansión) y además, lograría acuñar en la resignificación del concepto de globalización la máxima representación bandera de la concepción neoliberal (concepción en crisis).

Este proyecto y su exteriorización se advierte y representa en la comparación del cuerpo teórico de las ciencias sociales con la expresión literaria y artística que logró simbolizar de forma extraordinaria la escritora inglesa Mary Wollstonecraft Shelley, en 1818, con su novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*. En la obra, como resultado de un importante esfuerzo y acercándose a un ejercicio de prospectiva sin precedentes en la historia, el doctor Frankenstein, resultado del progreso y del desarrollo científico (ejes centrales de las promesas incumplidas de liberación hechas por el management al mundo moderno), anuncia la creación del monstruo (el moderno Prometeo) que, constituido por múltiples partes de diferentes cadáveres (especialistas), da origen a un ser que tendría en sus manos la vida de su creador.

Esta comparación, quizá un poco fuerte, genera una reflexión para explicar lo que logró instituirse a partir de la racionalidad eficientista en el contexto de la ciencia social como uno de los principios progresistas, con el cual se generó el fraccionamiento del conocimiento en pequeñas parcelas, muchas de estas intolerantes desde luego, y en donde en su gran mayoría, se engendrarían importantes orientaciones gracias a la apropiación suspicaz por parte de quienes estaban al frente de cada uno de estos movimientos disciplinarios. Dicha apropiación rendía culto a la estructura, como elemento permisivo de la exclusión del sujeto y de la orientación de estas pequeñas parcelas, para que terminaran siendo simples compilaciones discursivas, bastante apartadas de los contextos históricos de los sujetos excluidos.

Como lo sugiere el profesor Immanuel Wallerstein, es importante añadir que dicha parcelación o segmentación se encargó no solo de producir nuevo conocimiento (diseñado y formulado desde el control), sino también, de reproducir a sus productores mediante estructuras de profesionalización.

Immanuel Wallerstein recuerda cómo el crecimiento y la expansión sin precedentes, del sistema universitario a partir de 1945 permitió la diversificación y la reproducción de las estructuras de profesionalización. Esto trajo consigo el aumento del número de científicos sociales que, debido particularmente a la situación económica que atravesaba Estados Unidos después de la guerra, podían elevar las condiciones del sistema universitario en el cual participaban y el grado de especialización, a partir de sus intereses diversos y utilitaristas.

Esto desde luego apoyaba la construcción de presente que pretendía el capital; es decir, la consolidación de una plataforma ideal de liberación, contenedora deseudodiscursos de fácil reproducción y alineación con la transformación de la estructura económica, depositante de desigualdad, generadora de pobreza y, en esencia, aplastante de todas las otras historias que invisibilizan con su accionar hegemónico. De allí, dicha estructura económica logró inspirar a muchos hombres y mujeres en la necesidad de pensar la exactitud como la única realidad de los sistemas sociales, fundamentada en la amplia orientación hacia la búsqueda del resultado sin consideración ética alguna.

La inclusión de nuevas prácticas y formas de pensamiento que sostendrían, en términos de Lander, ese patrón de conocimiento (ciencia–tecnología) como el más grande de los globos, concepciones ambiguas como el eurocentrismo y el occidentalismo se encargarían de inflar algunas de las tantas certezas desde las que piensa hoy occidente, desconociendo de cierta forma, debido a su carácter hegemónico, las diferentes crisis y tiempos de los otros seres y elementos que coexistían en el mundo. Lo anterior se debía a que, como espacios de resistencia, no respondían al patrón civilizatorio de las grandes analogías, ni al fortalecimiento de las condiciones que permitieran arriesgar la continuidad de la vida humana y mucho menos de la naturaleza.

La naturaleza y la manifestación del saber como poder eran sin duda alguna elementos que fundamentaban la razón de la ciencia y la tecnología. Al contemplar a la ciencia, no solo como una metáfora orgánica, sino, también como la expresión de un mecanismo (perspectiva funcional), desde luego tendría como espacio de desarrollo básico la dinámica productiva, montada en una plataforma orientada a la acumulación; y a la tecnología como objetivo principal del diseño de cualquier estructura que se pretendiera introducir y reproducir en la sociedad.

Esta aguda tendencia hacia la disciplinarización, que pretendía hacer ver cada parcela del conocimiento de forma diferente y desde luego ocultar sus articulaciones, traía consigo en el núcleo el pensamiento positivo, que se constituye en elemento clave en el desarrollo de este proyecto que permearía las disciplinas de la ciencia social, en la medida en que muchas de estas eran resultado del grado de interrelación entre las aproximaciones positivistas y la noción de importancia relevante para estas: la medición excesiva para lograr los resultados “posiblemente adecuados” que configurarían una idea de algo llamado “progreso”.

Con respecto a la idea de progreso, el informe de la Comisión Gulbekian sugiere textualmente que: “La palabra operativa pasó a ser progreso – dotada ahora del recién adquirido sentimiento de infinitud, y reforzada por las realizaciones materiales de la tecnología”. Así, la idea de progreso se convirtió en elemento central de cualquier proceso de reflexión alrededor de lo social, debido al significado que toma en el devenir de las ciencias sociales.

Esta idea de progreso se fundamenta ante todo en la idea de embriaguez de la evolución y trae consigo para el proyecto hegemónico elementos con algunas características particulares, como su fácil uso para concebir y fortalecer estrategias discursivas ideológicas orientadas a la opresión, al sometimiento y en especial a la legitimación de la concepción científica europea y occidental, representadas por los conceptos de hipercompetitividad y de éxito. Dichos conceptos, haciendo uso del lenguaje, mantenían y sostenían el estatus de las tecnologías de control al nivel de imperio en cuanto a superioridad y de imagen de inferioridad para el resto del mundo que también producía sus propias formas de organización.

Esta concepción de poder, a partir del uso del lenguaje y de su arreglada instrumentalización, y retomando los soportes bélicos con el uso de términos como estrategia, táctica y operación entre otros (conceptos que requieren una adecuada re significación hoy en el campo de la administración y en general de la ciencia social), paradójicamente describió en su momento los niveles de la organización colonial que siguen predominando en la actualidad bajo el concepto de estructura piramidal.

Al respecto, el maestro Aníbal Quijano(2003) expresa cómo algunos constructos vistos desde la colonialidad, como el caso de “raza”, reforzarían la idea de un orden superior y uno inferior, y engendrarían la identidad de “indio”, y cómo a partir de este, se fortalecería la idea de un Dios basado en una relación vertical (de castigo) y de género, así como de las diversas formas de dominación del trabajo, entre muchos otros resultados de tan solo una perversa construcción de “raza”.

Al analizar este uso de lenguaje se percibe cómo la idea de progreso se sustenta en una perspectiva unidimensional, es decir, en un único y solo camino “lineal” a alcanzar, basado no solo en esa ordenación determinada por el patrón de poder, sino en el control puesto que alcanza su fortalecimiento al someter al sujeto a formas de estandarización. El maestro Edgardo Lander describe el progreso como aquella idea mediante la cual los sectores más avanzados expresan su capacidad para someter más rápido la naturaleza.

El proyecto disciplinar tiene en su interior la capacidad de orientar el pensamiento de aquel que estudia a mantenerse encerrado en su reducido espectro. El proyecto representa a algunas élites preocupadas por la reproducción de la estructura para sostener el poder. Estas determinan las organizaciones y sus aspectos institucionales que afectan y establecen las reglas de las consideraciones objetivas, entendidas como esos marcos generales de acción de la actividad disciplinar que constituyen la esencia de lo que se reconoce en la actualidad en las organizaciones capitalistas como valoración de intangibles y con esto las famosas políticas para el aseguramiento del conocimiento.

El profesor Walter Mignolo (2005) invita a la desobediencia epistémica, que puede ampliarse a la desobediencia teórica y, por consiguiente, a la ruptura disciplinar, así que la ruptura de las estructuras de las disciplinas es indispensable, así como una transición. Aunque esta puede contemplar lógicas de exclusión, deberá pensarse desde una resignificación de la concepción particular, y desde la necesidad de entender lo general, desprovisto de la concepción de uniformidad y unidimensionalidad propias de occidente.

La comisión Gulbenkian demuestra claramente cómo parte de esta crisis sitúa el problema particularmente en la orientación de sistemas universitarios al estar direccionados por lógicas en esencia cerradas. Es decir, sometidos a una profunda preocupación para su sostenimiento e inmersos en una lógica de continua competencia que le permita adquirir recursos suficientes para el fortalecimiento y mantenimiento de la acción disciplinar.

Esta necesidad de fortalecer los proyectos aislados hace que la universidad como institución reoriente su papel y se acerque a la realidad de donde al parecer diera la sensación de haberse excluido, puesto que sus académicos se sometieron al despliegue del *show* académico, con varios soportes de la industria de la literatura “científica”, y no con la confrontación como sujetos históricos, de los problemas reales de sus sociedades. Es necesaria la recuperación del sentido de las publicaciones y el reconocimiento de su importancia para una sociedad como la nuestra.

La comprensión de lo particular y lo general de la ciencia social se convierte entonces en la plataforma necesaria para las interacciones que permitan reconfigurar la ciencia social. La ampliación de las fronteras a partir de una resignificación conceptual se convierte en una de tantas posibilidades para revisar las diversas complejidades por parte de los científicos sociales.

Una integración adecuada de la dinámica particular y general bajo una comprensión ampliada invitaría a la reorientación de las disciplinas y a su posible integración alrededor de problemas fundamentales. Esto permitiría un acercamiento necesario de los sujetos a la comprensión de las estructuras complejas que arremeten lo cotidiano, lo local, lo regional, lo nacional, lo global y lo virtual, y que requieren ser revisadas para determinar hasta qué punto las estructuras existentes del conocimiento sí están cumpliendo con este propósito.

Que sea esta una invitación para pensar epistémica, teórica y políticamente una Administración pertinente desde y para el sur, que trascienda cualquier prisión disciplinar.

